

.....que es, salvas las diferencias que supondrás, como si en Madrid te llevara á la Carrera de San Jerónimo ó en París al boulevard de Italianos.

FERRADA, Esbozos y rasguños.

Calle de San Francisco, privilegiada calle, paso de todo el mundo y paseo de todo el pueblo, indispensable *carrejo* por donde ha de cruzar forzosamente lo mismo el que va á la sala de Santander, á ese muelle que le da nombre y dinero, que el que se dirige á su *jardín*, á esas Alamedas de las que una fué frondosa y otra lo es todavía; taller de los desocupados, reposo de los activos, salón del trono de las incomparables reinas de la aguja y la tijera, confidente de los amores fáciles y ayuda de los difíciles, centro y compendio, en fin, de la vida santanderina, ¿tienes ya crónica digna de tí, poema en que se te celebre, amena historia en que se te use y se te inmortalice? Aquella gloriosa pluma del maestro, esa por cuya mágica virtud ya Santander no puede morir, detúvose cierta noche bajo uno de tus faroles, en ocasión de ir haciendo un delicioso *pasa-calle*, y se puso á copiarte al paso. Bastaba á su intento de entonces este leve *rasguño*, pincelada valiente como todas las tuyas.

Pero tú tienes vista, y color y sabor, á todas luces y en todas ocasiones, y tu importancia y tu concurrencia son hoy mayores que cuando el insigne maestro veía llegar, desempedrando su suelo, á las de doña Calixta, que necesariamente iban de reunión... *cursi, por supuesto.*

Iguales diferencias que existían entre estas transeúntes y aquellas otras cuatro que cruzaban rápidas, envueltas en ricos capuchones, pisando *recio*, hablando mucho y oliendo á *jasmín* y á *étiotrofo*, existen entre aquel soberano pincel, capaz de todas las luces y todos los géneros, y este mío con el cual *Antolín Lienres* pintaba de *afición* los barcos que tenía enfrente.

Pero también *Antolín* mostraba sus cuadros á la gente, y ya cuidaré yo, como la familia del pintor cuando enseñaba á las visitas las obras de éste, de ir advirtiéndolo á los lectores de lo que es cada cosa.

Esto primero que se encuentra es la calle de San Francisco por la mañana.

Aún no ha abierto Capa, ni Baldomero, ni *El Toisón*, ni mucho menos tienen franca su entrada los depósitos de lo que no hace falta tan pronto, los de *Presmanes*, *Revilla* ó *Wünsch*, y apenas ha tenido tiempo *Linaceo* de colgar á la puerta las dos esplendentes rodajas que señalan la subida á su establecimiento, y contra las cuales tan vivos impulsos hubiera sentido *Don Quijote* de probar su lanza, creyéndolas embrizadas por poderosos gigantes ocultos en la oscuridad del portal...

Pues ya á esta hora muestra la célebre calle su superioridad sobre las otras y tiene más gente que ellas.

Primero son devotos, hombres y mujeres, que acuden corriendo á la misa que está empujando en la *Compañía* ó en el *Cristo*; las aldeanas de la fruta, que tienen que hacer alguna diligencia antes de ir á tomar puesto bajo los arcos de la Plaza Nueva; criadas que hacen las primeras compras, el pan del desayuno ó la medicina que ya deben haber concluido de preparar en la botica... Todos en más número que en las otras calles, como si todo el mundo viviera en la Plaza Vieja ó en *Beceado*. Y es que nadie que tenga dos minutos suyos se excusa de atravesar el *boulevard*, sea ó no sea camino para el punto adonde se dirige.

Bien pronto empieza la calle de San Francisco á mostrarse tal como es, á alumbrarse con la luz á que el pintor debe copiarla, á enarbolarse su bandera de gloria.

Estas que vienen primero son las que *co-sen en blanco*, oficiales de taller, que se distinguen de sus superiores jerárquicas—las *modistas*—aparte de su menor edad, en la falta del *schal*.

El talle va al aire, amorosamente ceñido por la exigua chaqueta, coronando la falda carta y volandera que se derrama desde él en sencillos pliegues, y va abriéndolos y cerrándolos al paso gallardo y afirmado de la niña. Ajusta al cuello un pañuelo de vivos tonos, que puede ser tan rojo ó tan azul como la maestra quiere regalárselo: no teme aquel cutis, de color de vida y terso como una manzana, cuantos atrevimientos de color puede evitar la industria. Quiere decir que, en úl-

timo caso, si á la rubia le tocó el encarnado y á la morena el azul, para eso son amigas, para que puedan cambiarlos, y hoy por tí y mañana por mí.

Péinanse que es una maravilla, y tienen en esto sus reinados y sus modas, no siempre tomadas de las señoritas, sino originales á veces, como el que inventó no hace mucho una gallarda rubia, gala del gremio, inmediatamente seguida en su innovación de la treza caída y el lazo coronándola en lo alto.

De un origen parecido, del feliz atrevimiento de una de ellas, nació, sin duda, la idea de convertir en *schal* la toquilla con que ahora se abrigan en invierno. Aquellas manos piadosas, bajándola de su antiguo sitio al que ahora ocupa, subieronla de su monótono oficio de envolver moños, que tal vez desteñían, al más grato de ir abrazando perpetuamente cuerpos tan dignos de ello.

Pero ved ya acercarse á la crema de la clase, en cuyo honor agítase ya á esta hora en cada casa pudiente el *morenillo* batiendo á toda prisa la golosina universal y saliendo de rato en rato á teñir la jicara por si la operación ha llegado ya á su término...

Estas no pasean, sino que pasan, lo mismo que hacen por la noche. Lo que hay es que pasan muchas veces y parece que pasean. Pero la verdad es que no se detienen sino á comprar el *agremán* ó el *falso* para el vestido que traen entre manos, ó devolver el *carrete* de seda que la *chica* llevó equivocado la tarde anterior.

Por más que ni un solo momento quede sola la calle de piedras iguales, nada ha pasado muy digno de llamar la atención durante este tiempo que la hemos abandonado.

Ahora que son ya las once y media, según acaba de decir el reloj de la Catedral, va á comenzar á aristocratizarse y á enseñarnos su público elegante, ese que dice tal vez que *no puede resistirla*, y que, no obstante, no dejaría por nada de este mundo de darla su diario vistazo.

Vienen de mala gana, como aquel á quien mortifica mucho verse obligado á pasar por tales sitios. Por supuesto, que como á todo se acostumbra uno, ya al poco rato diráse que aquello que hacen á la puerta de la tienda, en tanto que el hortera se encarama al último estante en busca del *retazo* pedido, es curioso ó algo, al menos, que se le parece mucho.

La concurrencia masculina ha aumentado en tanto considerablemente: unos vienen de vacío y otros traen su objeto ó llevan su chasco creyendo que le traen.

Con esto sube de punto la atención de las de las puertas, y ya no hay quien cuente los dimes y diretes de ojos que entre ambos grupos beligerantes pasan sin que se enteren las señoras graves que han tomado silla en el fondo de la tienda á discutir incondicionalmente los precios de todo lo que piden ó les enseñan.

Hasta que lentamente va acercando á todos á casa el recuerdo de la sopa, nunca dormido en espíritus nobles y bien templado.

¡Quién describirá ahora la calle de San Francisco de noche! ¡Quién acertará á hacer mover en papel aquella compacta masa de gente que bulle y grita y arrastra los pies en aire de mazarca á la luz del gas, no escasa y deficiente como en el resto de la población, sino saliendo abundante y clara de todas las puertas y vidrieras que allí se abren!

Hasta las ocho no está ahora en carácter: ha empezado la *vela* y no se apagará el cabo hasta el día de San José.

Es el momento de dejar la aguja y coger, como dice *Campoamor*, *el amor al vuelo*; es la hora de que aquellas que pasaban sin prisa al taller, mirándose al paso en las vidrieras recién descubiertas, vengan con ella á calmar ansias de todo el día y quietar espíritus que ya desde las cuatro de la tarde no saben en qué emplearse; es llegado el instante, para los paseantes varones, de echar más á la ceja el hongo y á su sombra protectora dirigir la visual por entre el gallardo grupo que se avecina, y atender á la lenta desmem-

bración que va sufriendo para ver de acercarse, cuando sea tiempo, á la preferida entre todas, esto es, cuando ya no queden juntas sino ella y la compañera, y pueda tener lugar la sentencia del *Labrador más honrado*: para dos perdices, dos; así van al poco rato todos, todos riendo y hablando á un tiempo, y regando la calle de gracia santanderina, tan legítima y tan cierta como la andaluza ó la francesa ó cualquiera otra sal.

Otra nota de color, que no contribuye menos al efecto del conjunto, dan á este cuadro de por la noche las sueltas oficiales que traen su jornada de allá arriba, de aquello que fué convento y hoy no se parece nada á lo que fué, las *abuelas del humo*, como las llama, no un amigo, sino un conocido de hacer frases. Son blasón de su gremio el pañuelo azul ó rojo muy estirado sobre el seno, el ancho delantal, que casi se convierte en falda, y la cesta negra colgada al brazo.

También, y con no menos impaciencia, son éstas esperadas á su salida de la *Fábrica* y consiguiente aparición en el nocturno paseo.

Transitan entre tanto, por entre estos grupos de amantes, varones de todos los pelajes y edades, desde el elegante que no ha encontrado á nadie en el *Círculo* ni en la casa adonde fué de visita y no halló lo que pensaba, hasta el metódico apoderado de comercio, que estira las piernas entumecidas del banquillo de todo el día, y el estudiante de último de Instituto, que empieza ya á ensayar los medios de amorosa conquista que al otro año ha de plantear en la *Ácera* de *Valladolid*, ó en la *Carrera* de la Corte, ó en el *Bombe* ó *Bombí*, ó como se llame, de *Oviedo*.

Para estar verdaderamente triste no hay nada como haber estado muy alegre, y así aparece luégo la calle de San Francisco sufiendo y melancólica cuando allá más tarde la atravieso yo en demanda de la cena, cuando ya no la pasea sino aquel sereno del gorro catalán, modelo de todas las finuras y cortesías de un vigilante nocturno.

Antes dejaré yo de querer tomar los asuntos por donde se hagan amenos y no conseguirlo, que deje él de dar las buenas noches á todo el que pasa á tiro de ellas.

CASA-AJENA.

EL DESIERTO.

(TRADUCCIÓN DE LÉONCE DE LISLE.)

Cuando el beduino errante, que va hacia Siria del Horeb fragoso, su yegua enflaquecida y jadeante ata de la palmera al tronco airoso, y bajo aquel follaje polvoriento, en que se seca el fruto ya sin vida, envuelto en su ancha capa mal tejida, se acuesta soñoliento; tregua dando al cansancio fatigoso con inquieto reposo, en el lejano oasis tal vez sueña en que el sabroso fruto al sol se dora, ó en el estrecho valle de que es dueña su tribu, que en él mora, ó en la fresca corriente en que apagó su sed abrasadora, en las ovejas de balar doliente, el buey domado que el establo ampara, el grupo de mujeres sonriente charlando en torno á la cisterna clara, ó en el otro de rudos camelleros que, en círculo sentados en la arena, escuchan placenteros fantásticas historias una á una al dulce rayo de la blanca luna?

No sueña así: que en el trascurso breve de las horas ligeras, su caluriento espíritu se embebe en la vaga región de las quimeras. Y sueña que Albarak, el glorioso y gallardo corcel, con rauda vuelo, le remonta brioso sobre la altura del riante cielo. Se estremece feliz, y ver en torno cree de *Djenet* las jóvenes hermosas admirarle á su lado silenciosas del alta noche en el febril bochorno. De sus cabellos, negros cual la boca que da al infierno entrada, brota un acre perfume, que sofoca su ya anheloso aliento, y que hace hervir su sangre arrebatada por lascivo fermento.

Grita, y entre sus brazos quiere oprimir con amorosos lazos la divina visión que le enajena; pero en aquel momento, sobre el suelo movable de la arena, gañe el chacal sangriento, y el cocear de su yegua con espanto rompe del sueño el delicioso encanto. La visión del *Djenet* desvanecida, sólo encuentro despierto el silencio y la atmósfera encendida y la cárdena bóveda extendida sobre la inmensa anchura del desierto.

En la breve mansión de la existencia, de vivir anheloso, todo hombre soñador, en su impaciencia, ha buscado el placer con el reposo á la sombra mentida del árbol agostado de la vida; y así como el beduino, postrado á la fatiga del camino, ha dormido tu sueño de una hora, ¡oh triste soledad abrumadora! De la tierra olvidado, sumido el corazón en un infierno, dueño ser de un amor quiere exaltado, cuanto profundo, eterno; y siempre por su mal vuelve á la vida de su sér infecundo, por el fiero dolor su alma transida en el vasto desierto de este mundo.

ADOLFO DE LA FUENTE.

MADRID.

8 de Octubre.

Preciso es reconocer que la temporada cómica ha principiado muy mal: la primera obra de fuste, estrenada el martes en el teatro de la Comedia con el título de *Antonina di Padova*, fué horrorosamente silbada. Acaso no merecía repulsa tan estrepitosa; pero ya se sabe que en esta clase de litigios es juez inapelable el público.

No removamos las cenizas de los difuntos, que no es cristiano ni generoso, y contentémonos con enviar un sentido pésame primero á los autores, que no lograron su propósito de alcanzar honra y provecho, y después al público, que tampoco logró el suyo, puesto que no se divirtió. En cuanto á la comedia... ¡seale la tierra leve!

No parece que se amilana *Julianito Romea* por este primer fracaso, y hace muy bien: de suerte que ya ha anunciado en los periódicos otro estreno para dentro de pocos días. *Pasarse al enemigo* se titula la obra nueva, y no será malo que si los espectadores, según tienen por costumbre, consideran como enemigo al autor, obren la noche del estreno en armonía con el título de la comedia y se pasen á él.

En los demás teatros no ocurre nada que merezca especial mención. Todos ellos siguen alimentándose del repertorio que, en las circunstancias actuales, es poco nutritivo.

Sin embargo, en *Lara* se ha estrenado un juguete, original de *Sinesio Delgado*, el chispeante director del *Madrid Cómico*, que ha tenido muy buen éxito. Se titula *La señora condesa* y, sobre estar muy bien versificado, deja ancho campo para que luzcan sus excepcionales facultades *Balbina Valverde* y *Ricardo Zamacois*, dos artistas que valen más que pesan.

En *Martín* se ha estrenado también una zarzuelita en un acto con el eufónico título de *Chin-chin*. Los autores dicen en los carteles que es una extravagancia, y el público ha opinado como los autores. Es lástima que la cosa no se haya representado en Inglaterra, porque, si los hijos de Albión son como los pintan, allí hubiera gustado mucho.

Esta noche se corren en *Variedades* toros embolados. Celebraré que no haya cogidas, aunque harto sea que el arte no tenga que ir del teatro al hospital. Eso es lo que sucedió hace tres días en *Eslava* con una quisicosa llamada *Toros en Vallecas*, que *La Correspondencia*, con su habitual frescura, dice que gustó mucho. Realmente se asemejó el teatro á una plaza de toros, y los espectadores trataron á la *Lucía Pastor* ni más ni menos que si fuese la *Fragosa*.

¿Cuándo querrá Dios que se imponga el buen gusto y quede libre la escena española de toreros y de chulas?

Salga Vd. hoy por esas calles, y pregunte á todas las personas conocidas que encuentre: ¿qué hay? y apuesto doble contra sencillo á que ni una sola deja de contestar: ¡crisis!

Trate Vd. de hablar de algo que no sea política, y como Vd. lo logre, será poco premiar á Vd. con una gran cruz ó un título de Castilla, si le agrada más, que yo creo que á Vd. le será lo mismo.

Nada, nada; por más esfuerzos que hagamos no salimos de las dos preguntas de rúbrica en estas circunstancias: ¿quiénes salen? ¿quiénes entran?

Todos los amigos de *Sagasta* se ocupan hoy en cepillar el frac y ver si le falta algún botón, ó tiene alguna mancha rebelde á la bencina, porque todos creen que pueden ser agraciados con una cartera. Los que ya han sido ministros, porque ¿qué cosa más natural que el que vuelvan á serlo? y los que no lo han sido todavía, porque alguna vez les ha de llegar el turno.

Un vecino tengo que en cuanto oye tocar la campanilla sale á escape creyendo encontrar á un ordenanza de la Presidencia que viene á decirle que vaya inmediatamente á jurar á Palacio. Cuando estaba almorzando llamaron á la puerta, fué la criada á abrir y él aguzó el oído. En la conversación sostenida entre el visitante y la doméstica oyó pronunciar la palabra Cuba.

—¡Ministro de Ultramar! ¡ministro de Ultramar! gritó levantándose y agitando la servilleta.

Luégo echó á correr por el pasillo, y se encontró cara á cara con el aguador, que repetía muy incomodado:—¡Le digo á Vd. que no traigo más que esta cuba!

De chascos de la misma clase han sido víctimas muchas personas de estas que los periódicos noticieros dicen que están decentemente vestidas, y que no se distinguen por otra cosa.

La verdad es que en tan críticos momentos la mayor parte de los españoles estamos en vilo, no sabiendo si nos harán ministros, gobernadores ó guardas de la Casa de campo. Porque para nosotros la cuestión es que nos hagan algo.

Decididamente tendremos *Círculo Artístico-Literario*, y se inaugurará antes de que termine el presente mes.

Ahora preocupa á la Junta directiva la forma de la inauguración. Se quiere algo que sea nuevo y sublime.

Entre escritores no se van á leer poesías, porque, aparte de que eso, sería llevar hierro á *Vizeaya*, dudo yo que haya socios bastante valientes para presentarse con coplitas ante un público que no perdería ripio, y entendiéndose la frase en su sentido recto. Además que la cosa no sería nueva, puesto que no hay reunión de taberneros ó aguadores donde no se lean composiciones poéticas más ó menos improvisadas.

Comprendo perfectamente la perplejidad de la Junta: en un país donde nos pasamos la vida inaugurando sociedades, ¿qué registro quedará que no haya sido tocado?

Una corrida de toros en el salón de sesiones no dejaría de ofrecer novedad; pero dudo que la Junta se decida por tal inauguración, aunque no faltarían socios capaces de matar á las reses á fuerza de poesías ó de dramas.

Conozco uno, inédito él, que, como leyese las obras que tiene escritas, acababa, no digo yo con un toro, sino con todas las ganaderías españolas.

De todos modos, y después de pensarlo mucho y discutirlo más, verán ustedes cómo, al fin y al cabo, la inauguración se reduce á que nos reunamos los socios á tomar café.

Y lo peor será que cada individuo tendrá que pagar el suyo.

A propósito del *Círculo Artístico-Literario*.

Como ya les dije á Vds., y Vds. habrán olvidado de seguro, porque es cosa que no les importa un comino, esta sociedad se formó allá por el mes de Marzo, y hasta ahora no ha tenido casa donde instalarse.

Hace pocos días preguntaba un escritor á otro, célebre por su ingenio:

—¿No se ha hecho Vd. socio del *Círculo Artístico-Literario*?

—Hasta ahora no sé que le haya en ninguna parte, contestó el interpelado.

—Pero ya lo habrá, y durante el presente mes no cuesta más que cinco duros la entrada...

—¿Adónde?

Para estas horas ya se habrá leído la sen-

tencia del cura Galeote, que tan preocupados traía á los madreños.

No hay portería ni taberna donde no se haya discutido acerca de la responsabilidad ó irresponsabilidad de ese desgraciado.

Unos aseguran que le dan garrote. Otros afirman que le enviarán á un manicomio.

Quando lean Vds. la presente crónica ya sabrán qué opinión es la que ha prevalecido. Lo que yo les adelanto es que los que sostienen la contraria no se darán por vencidos, y que si le agarrotan dirán que no le debían agarrotar, y si le envían á un manicomio sostendrán que no es loco ni siquiera maniático.

Aquí el que tiene una opinión, sea la que fuere, no la suelta á tres tirones.

¡El afán de decir que se tiene algo!

Lo que se cuenta de uno de los ministros actuales:

El día que se lo hicieron, y á la vuelta de jurar el cargo, llegó á su casa y tiró con fuerza de la campanilla. La criada se asomó al ventanillo preguntando:

—¿Quién?
Y él contestó estrándose el chaleco:
—¡El ministro!

S. DE TRASMIERA.

EL TESTAMENTO DE Mlle. PENHOEL.
(CUENTO BRETÓN.)

(Continuación.)

M. de Kermarvan tomó á Mlle. de Penhoel en sus brazos y la condujo á su habitación con el mismo cuidado que si condujese á un recién nacido.

Tres días después la de Penhoel estaba en la agonía. Las puertas de su hotel se abrían al pueblo, que acudía en masa á cerciorarse del grave estado de salud en que se hallaba la que venía siendo durante ochenta años la Providencia de su ciudad natal.

Juana de Penhoel, pronta á comparecer ante su Dios, decía á sus parientes y amigos ¡hasta la vista! como si partiese para Nantes ó París.

Se hizo llevar una cajita, y entregándosela á su fiel José le dijo:

—Ejecutarás las órdenes que te he dado.

Todos lloraban á su alrededor; pero ningún dolor igualaba al de la huérfana.

—¡Adiós, Monin! dijo una voz dulce y armoniosa que parecía venir del cielo.

Estas fueron las últimas palabras de madamoiselle de Penhoel.

Fué conducida á la última morada por toda una población en duelo; después los herederos se reunieron de nuevo para asistir á la lectura del testamento. María, vestida de luto, asistió también.

—¿Qué hace aquella señorita Treló? observó la de Saint-Phar; parece que sólo los parientes de la difunta tienen derecho á formar parte de esta reunión.

—Esta era mi opinión, señoras y no estaría aquí si José no me hubiera transmitido las órdenes de nuestra dueña.

Luis de Kermarvan, que había oído las últimas palabras, se dirigió á Mme. de Saint-Phar y le dijo:

—Mlle. de Treló será bien pronto Mme. Kermarvan, y si su presencia es importuna os ruego os dirijáis á mí y no á ella.

—Dios mío, ¡es posible! exclamó la de Saint-Phar; no haréis semejante infamia; si os casarais con esa joven, no os reconocería como pariente.

—Me es del todo indiferente; no buscaré jamás ni á vos ni á los vuestros; pero os suplico no olvidéis que soy el protector de la huérfana que se ha educado en esta casa.

El notario estaba sentado delante de una mesa; tenía delante un gran pliego de papel con las armas de los Penhoel. José, de pie á su lado, tenía en la mano la caja que se le había confiado.

El notario M. Chavaít paseaba sus miradas por la reunión, y al fin dijo:

—Ahora que están todos presentes, señores y señoras, vamos á empezar.

Tosió, limpió los anteojos, rompió la cajita y leyó lo siguiente:

«En el momento supremo de comparecer ante Dios, pido á aquellos á quienes haya podido ofender que me perdonen y rueguen por mí.

«Yo, Juana María de Kérénor de Penhoel, instituyo por legatario universal de todos mis bienes, muebles é inmuebles, á mi sobrina é hija adoptiva, Mlle. María Antonieta de Prezel, que ha sido educada en mi casa bajo el nombre de María Treló.»

Un rayo que hubiese caído en el viejo hotel de Penhoel no hubiera producido estupor más grande.

María, muda y pálida, avanza y exclama:

—Mí padre, mi madre, ¿dónde están?

—Han muerto, señorita, respondió José.

—¡Han muerto insolventes y deshonrados! añadió la de Saint-Phar.

María dirigió á su alrededor una dolorosa mirada; parecía preguntar á cada uno:—¿Es eso cierto?

—Paciencia, señora, replicó José; podremos rehabilitar su memoria.

—Silencio, señora, dijo M. de Kermarvan, que hubiera de buena gana aplastado á la señora de Saint-Phar si no hubiese sido mujer.

—Continuó la lectura del testamento, dijo el notario, y suplico á las señoras y caballeros que no me interrumpen más:

«Las piezas que acreditan el nacimiento é identidad de María Antonieta de Prezel están cerradas en un cofre con las armas de los Penhoel y de Prezel; esta caja será confiada á José Peyroux, mi fiel servidor, que recomiendo á mi heredera.

«Esta quedará encargada de hacer cumplir mi última voluntad en lo que se relacione con los parientes abajo mencionados.

«Lego á Juan de Kermarvan un cofre que se encontrará en la biblioteca de Penhoel. Este cofre está forrado de hierro y defendido por una cerradura secreta. Será útil á mi primo para guardar sus grandes riquezas.

«Lego á Jacobo de Kermarvan todas las armas que se encuentren en mi castillo y en mi hotel. He pensado que á este primo le conviene estar armado hasta los dientes á fin de defender su gran fortuna de las asechanzas de los piratas.

«Lego á Luis de Kermarvan la cruz de San Luis de mi padre, la mano de María de Prezel y mi ferviente bendición por él y sus descendientes.

«Lego á Mme. de Saint-Phar un ejemplar de los Santos Evangelios y otro de *La imitación de Jesucristo*. Allí encontrará divinos ejemplos de caridad cristiana.

«Dejo á Mme. des Marais una suma de veinte mil francos.

«Lego á Mme. de Palmier el Diccionario *nobiliario de la Chesnorye des Bois*, á fin de que pueda hacer el estudio de su legítimo linaje.

«Lego á M. de Villeblanche una pensión vitalicia de dos mil francos, que se le facilitarán á contar desde el día en que esté completamente arruinado.

«Lego á M. de Kerdaniel una suma de veinticinco mil francos para pagar mis regalos de boda á sus hijos.

«Anunciando á mis parientes que legaría mi fortuna á los pobres, no les he engañado, pues María de Prezel y Luis de Kermarvan son pobres los dos. No he querido hacer nocer á María su origen ni mis intenciones, porque quería morir rodeada de su amor desinteresado; he querido probar hasta el fin esa alma fuerte y pura.

«Dando mi último adiós á todo lo que he conocido y amado sobre la tierra, os prometo pedirle proteja á mis amigos, al mismo tiempo que perdona á su humilde sierva

«JUANA DE KÉRÉNOR DE PENHOEL.

«Hecho en Quimper... etc.»

María de Trezel pagó á los acreedores lo que su padre les debía. Quería que bendijeran su memoria, ya que antes la habían execrado.

Monsieur y madame de Kermarvan son dichosos y guardan piadosamente la memoria de su bienhechora.

LA AMBICIÓN DE UN NIÑO.

En un jardín, cierto día, un hermoso niño estaba, y al par que al cielo miraba, á su madre le decía:

—«¿Queréis enseñarme, vos que sois de virtud modelo, cómo se alcanza ese cielo que tan alto puso Dios?»

Una mañana le vi tras el agua de una fuente: á cogerte fué, impaciente... ¡y el cielo no estaba allí!

Yo he visto una infinidad de nubes que se acercaban; llegué adonde se encontraban... ¡y encontré la inmensidad!

Yo he subido á una eminencia, impulsado de ansias locas... ¡y en vez de cielo, hallé rocas, y en vez de gloria, demencia!

¡Ay, madre! decidme vos, que sois de virtud modelo, ¿de qué sirve al hombre un cielo que tan alto puso Dios?»—

Aguardando la respuesta quedó el niño silencioso, y con acento amoroso su madre así le contesta:

—«¿Ganar el cielo escalando quisiste? ¡Qué desvarío! Allí se llega, hijo mío, cual los ángeles, volando.

El ánimo recupera; ten confianza y valor, que el alma por el error vacila y se desespera.

Quando ella sola es la que, en alas de la esperanza, las puertas del cielo alcanza que abra á los hombres la fe.»

FRANCISCO NEÁPOLIS.

CONDICIONES HIGIÉNICAS DE SANTANDER

EN RELACIÓN CON LAS ENFERMEDADES PESTILENCIALES, POR EL DOCTOR EN MEDICINA Y CIRUGÍA JUAN JOSÉ ZORRILLA.

(Continuación.)

Una ligera y rápida exposición de los múltiples elementos (á más de los radicales oxígeno y nitrógeno) que entran en la composición de aire, se hace necesaria para mejor comprender lo complejo de la composición de este elemento tan esencial como necesario á la vida del hombre.

Entran en la composición del aire además de los cuerpos ya citados, otros cuerpos gaseosos también, cuyo peso, en relación con el de aquél, varía con los lugares, las alturas, los climas y las diversas épocas del año, pero cuya presencia es constante y necesaria. Estos cuerpos son: el vapor de agua y el ácido carbónico. El aire contiene de 5 á 16 milésimas de vapor de agua, y de 3 á 6 diezmilésimas de ácido carbónico.

Otro orden de sustancias contenidas también en el aire, y que no por ser en pequeña cantidad dejan de ejercer una gran influencia sobre los fenómenos de la vida, son: el amoniaco, el ácido nítrico, los nitritos y nitratos, el hidrógeno carbonado, el ozono, el iodo, y, por fin, partículas orgánicas y organizadas, arrastradas por el aire (miasmas, gérmenes ó fermentos).

No está en nuestras manos el poder prevenir las cantidades de vapor de agua existentes en la atmósfera, ni sus efectos sobre la economía, y poco es lo que podemos hacer con el ácido carbónico, producto de las combustiones orgánicas, y focos en ignición; por lo que pasaremos rápidamente sobre estos dos cuerpos, como pasaremos sobre el amoniaco, ácidos nítrico y nítrico, hidrógeno carbonado, ozono, etc., productos todos de los diferentes grados de combustión orgánica y que tanto contribuyen al viciamiento del aire que respiramos. Productos accidentales, los habremos evitado (en los límites de nuestro poder) suprimiendo las causas que los producen (combustiones, eremacausias), y á este fin deben dirigirse nuestros esfuerzos.

Las emanaciones del hombre y de los seres vivos, y las que se desprenden de las sustancias animales ó vegetales en descomposición difunden en la atmósfera el amoniaco, el ácido sulfúrico, carburos de hidrógeno y productos orgánicos gaseosos de naturaleza desconocida, á los que, sin verdadero motivo, se atribuyera en otros tiempos la influencia miasmática perniciosa de ciertas localidades. Hoy hemos llegado al convencimiento pleno de que no bastan estos cuerpos para producir cierta clase de enfermedades, sobre todo aquellas reputadas como infecciosas; para que esto suceda, precisa la existencia de un germen, de un elemento vivo, de un proto organismo que lleva consigo el poder generador de los males pestilenciales. A estos proto organismos volveremos á dedicar unas líneas en este desaliñado trabajo, tanto más difícil de precisar en fórmulas concisas, cuanto mayor y más extenso es el campo que abarca en sus especulaciones científicas.

El aire mantiene en suspensión y acarrea sin cesar gran número de partículas orgánicas ó organizadas.

Si, á ejemplo de Pasteur, se filtra el aire á través de copos de algodón-pólvora, que retiene todas las partículas en suspensión en aquél, y después de disuelto el algodón por el éter, se estudia el residuo al microscopio, encontraremos en el aire: 1.º, sustancias inertes, pelo, lana, barbas de pluma, hilos de araña, fragmentos de algodón, granos de polen, infusorios, etc.; 2.º, esporos y organismos vegetales, infusorios, mucedíneas y otros; 3.º, óvulos de infusorio, bacterios, vibriones y esporúlos ó granulaciones, último término de la materia dotada de organización.

Poco importan para nuestro objeto las partes orgánicas no susceptibles de vida; pero no podemos decir otro tanto de los protoorganismos, considerados hoy como causa eficiente de las enfermedades zimóticas. Tampoco nos detendremos á estudiar los sorprendentes trabajos de Pasteur, Tyndalle, Koch y otros; baste consignar—como hecho demostrado—que estos elementos proto-

zoarios, causa de enfermedades infecciosas, pululan en las sustancias orgánicas que les sirven de medio de cultivo, y que de allí pasan al aire, en el que se difunden, adhiriéndose á los objetos que os trasportan á distancias incommensurables, en donde su acción ha de traducirse quizás en inmensas hecatombes.

Son por nosotros poco conocidos aún los modos de generación de estos organismos elementales; no discutiremos acerca del pampermismo y generaciones espontáneas, dadas las condiciones de lugar y tiempo; nos apartaríamos de nuestro objeto y, al fin, la cuestión quedaría tan oscura como está.

Pero, si nada podemos decir aún positivo del modo de generación de estos seres, no sucede lo mismo en lo que se refiere á su propagación, que ha de verificarse necesariamente dentro de un medio, condición indispensable á su evolución orgánica. Fuera de estas condiciones, el protoorganismo muere y se extingue, y sus efectos pasarán desapercibidos.

Medio de propagación el organismo animal, y medio quizás el más fecundo, no podemos suprimirle sin suprimir la especie; pero, si no podemos suprimir el organismo animal como medio de propagación de los microorganismos patógenos, podremos suprimir, ó por lo menos aminorar grandemente, los demás medios, haciendo que desaparezcan de nuestros pueblos los restos orgánicos, pasto abundante y fértil terreno de los micrófitos parasitarios que á cada paso amenazan nuestras vidas.

Ahora bien: como las alcantarillas, cloacas y letrinas son los puntos en que mayor suma de restos orgánicos se acumulan, á éstos, que debieran ser elementos de limpieza, hemos de dedicar atención preferente si queremos, ya que no vernos libres por completo de males graves, atenuar, por lo menos, sus destructores efectos.

VI.

ALCANTARILLAS.

Son tan malas las de Santander, tan lejos están de satisfacer las necesidades de su institución, que casi sería preferible que no existiesen. La primera condición, la necesidad primera que ha de remediar un buen alcantarillado es la de alejar de los pueblos los restos orgánicos, que, al pudrir, han de infestar necesariamente la atmósfera, convirtiendo este elemento de vida, que nos circunda y penetra, en elemento de destrucción y de muerte. El aire infecto y adulterado por productos gaseosos de todas clases, procedentes de la descomposición orgánica que há lugar en la alcantarilla, al alterar la composición elemental de aquél con productos extraños, no puede conducir á otra cosa que al deterioro orgánico de los individuos que le respiran; deterioro que al propio tiempo que destruye el dinamismo vital, aumenta la receptividad de los gérmenes morbosos, que, al determinar con su presencia enfermedades pestilentes, no sólo pondrán en peligro la vida del individuo, sino que amenazarán seriamente el porvenir de los pueblos y de las sociedades.

General Health is General Wealth (1).

Es precepto axiomático incomparable de sabiduría que el positivismo inglés ha sabido convertir poco menos que en dogma religioso. Y tal importancia le ha consagrado, que en obsequio suyo gasta constantemente sumas cuantiosas, habiendo llegado ya el caso de recoger con creces los frutos hijos de tanto sacrificio.

Las estadísticas de mortalidad inglesa son las más bajas de cuantas se registran en el mundo, y esto, á pesar de su cielo nebuloso, de su atmósfera húmeda y cargada de carbón y ennegrecida con los humos de millares de chimeneas, cuyos hogares engendran fuerzas sin cuento que animan poderosas máquinas, seres animados de la inmensa y variada producción industrial del Reino Unido.

Un detenido y concienzudo estudio de las enfermedades zimóticas ha llegado á producir en aquel pueblo de gigantes la convicción plena de que éstas, en su mayor parte, son, si no producidas, cuando menos sostenidas, propagadas y favorecidas en su evolución por las malas condiciones higiénicas de los pueblos, y, sobre todo, por el mal sistema de al-

(1) La salud de los pueblos es la riqueza de los pueblos.

cantarillas que, como regla general, tienen la inmensa mayoría de las grandes poblaciones.

No sólo se producen en las alcantarillas mal construídas, en las que sedimentan productos orgánicos, los gases que hemos señalado en el capítulo consagrado al estudio del aire, sino que los líquidos que en ellas circulan pueden y deben considerarse como muy apropiados para el cultivo y germinación de protoorganismos morbosos, microbio, vibrión, bacilo, etc., que, arrastrados por las corrientes gaseosas que se desprenden de las letrinas, pueden llegar á implantarse en nuestros órganos, determinando, por su presencia y proliferación, múltiples y variadas afecciones que concluyen por destruir nuestro ser.

El cólera, la fiebre tifoidea y la disenteria, cuyos gérmenes arrastran las deyecciones humanas, pueden generalizarse en un pueblo por medio de la alcantarilla, y no tenemos otro remedio que fijarnos detenidamente en la construcción de éstas, si queremos vernos libres, ó cuando menos atenuar los efectos de esas devastadoras epidemias que de cuando en cuando asolan nuestras poblaciones.

No satisfaciendo las alcantarillas que hoy posee Santander las necesidades de su uso, permitiendo, por efecto de las malas condiciones de su construcción, que en ellas se depositen y pudran sustancias orgánicas en abundancia, de las que se desprenden gases impropios para respirar, y en las que germinan infinitos seres microscópicos, algunas de cuyas especies se consideran hoy como causa determinante de padecimientos específicos y contagiosos, es necesario de toda necesidad ver de hacer que desaparezca este mal que nos mata sin aperecernos, ó hace que nuestra vida evolucione miserable y raquítica, sin vigor para el trabajo, ni resistencia orgánica que la defensa del mal y la dirija potente al cumplimiento de sus deberes.

Para esto, no hay más remedio que pensar seria y detenidamente, y en la medida de nuestras fuerzas, en la modificación completa de la red de alcantarillas, hoy existente, ninguna de las que satisfacen las exigencias de los más elementales principios de la higiene pública. No hay más remedio, si aspiramos á ocupar el lugar que nos corresponde entre los pueblos cultos, que aperecernos para la lucha, declarando guerra á muerte, guerra sin cuartel, al mefitico gas de las cloacas, que nos envenena y lleva á nuestra sangre el principio tóxico y el elemento morbosos que, al reproducirse y germinar dentro de nuestras carnes, va á dar lugar al desarrollo de males pestilenciales que matan al individuo y comprometen seriamente la salud y bienestar material de la especie. Guerra á muerte; guerra sin cuartel, no nos arredre el sacrificio, que la recompensa no se hará esperar, y será tanto mayor, cuanto mayor y más valioso sea el sacrificio.

No es el que acabamos de exponer el único inconveniente que tiene el alcantarillado de Santander. Construído en suelo permeable, y permeables sus paredes, los productos que en él corren han de difundirse fácilmente en el subsuelo de nuestras viviendas, infeccionando los terrenos y las aguas, que, una vez contaminadas, pueden ser causa de graves males. A corregir estos defectos capitales deben dirigirse nuestros esfuerzos, haciendo de modo que las alcantarillas se limpien rápidamente é impidan con sus paredes impermeables la contaminación de los terrenos por donde corren.

ALCANTARILLAS.

Varios son los sistemas que se disputan la supremacía cuando se trata de colocar á un pueblo en condiciones apropiadas de salubridad. El sistema defensor de Liernur; el sistema de Waring; el de Berlier; el de Shone, y, por fin, el sistema más generalmente empleado: el de todo á la alcantarilla, son los principales que merecen nuestra consideración y que voy á exponer sumariamente, fijándome de preferencia en los que crea yo más aceptables, en relación con la disposición topográfica de la localidad.

(Se continuará.)